

Milagros no hay

En Venezuela, como en otros países de la región, las grandes ciudades aparecen antes de que la sociedad hubiera madurado totalmente las formas de regulación ética, moral y social que permiten el surgimiento de la sociedad civil moderna, pero el proceso se ha profundizado aceleradamente en los últimos cuatro lustros con la anomia social impuesta por el socialismo bolivariano

En estos días convulsos, cuando todo concurre para mostrarnos que estamos enfrentando un fin de época y no sólo de régimen, es preciso no apartar los ojos de la ciudad: este es hoy un país plenamente urbano y su futuro está en las ciudades, no en la Faja Petrolífera o en el Arco Minero. Allí, en todo caso, está el pasado, quizá el peor pasado: el de la sociedad rentista que, de brazos cruzados, se sentaba a esperar que lloviera el maná de los países ricos, de los que sí necesitaban del “excremento del diablo” para mover sus economías. De la sociedad de los manganzones, de los amigos del poder, los de antes y los de ahora, que sólo aspiran a que los pongan “donde haiga”.

En la sociedad actual el recurso clave para avanzar hacia la riqueza y el progreso es el conocimiento. Pero una de las características de este es que se trata de un recurso que no está atado a una localización fija como los minerales o la producción agrícola, incluso las industrias, sino que es ubicuo, que goza de un amplio margen para decidir autónomamente su localización. Y cuando se trata del más valioso, las personas más talentosas y educadas, las decisiones de localización no valoran sólo el empleo o la remuneración sino que también toman en cuenta la calidad social y ambiental del medio (la ciudad) en el cual deciden asentarse, la seguridad física y psíquica que le ofrece al grupo familiar, la riqueza e intensidad de la vida cultural. Por eso, como se ha dicho, “una ciudad con solidaridad y armonía social, hermosa, con autoestima y con una gran calidad de vida atrae de manera sostenida el desarrollo económico.”

El socialismo Caribe no sólo ha hecho de todo para negar el valor de ese recurso, sino que ha terminado regalándolo a otros países: es bien conocido el beneficio que, como caído del cielo, obtuvo la economía colombiana de la brutal razzia chavista contra Pdvsa, mientras una fuga de talentos sin precedentes se ha mantenido sostenidamente a lo largo de los años metiendo a nuestro sistema de formación de conocimiento en un callejón sin salida. Hoy, frente a la inseguridad personal e institucional, la incertidumbre hacia el futuro, el indetenible deterioro del poder adquisitivo, nuestras universidades se vacían sin lograr incorporar una generación de relevo mientras el gobierno apuesta a un sistema paralelo cuyos rasgos distintivos son la mediocridad y la ausencia de autonomía y de pensamiento crítico.

No sé si en esta deriva haya, como afirmaba Jane Jacobs, un punto de no retorno: “Las sociedades y civilizaciones cuyas ciudades se estancan, no se desarrollan ni vuelven a florecer”, pero sí parece posible afirmar que parte de su población ha caído ya en la trampa de la pobreza, contribuyendo a la pérdida de las fuerzas motrices que permiten el crecimiento.

En Venezuela, como en otros países de la región, las grandes ciudades aparecen antes de que la sociedad hubiera madurado totalmente las formas de regulación ética, moral y social que

permiten el surgimiento de la sociedad civil moderna, pero el proceso se ha profundizado aceleradamente en los últimos cuatro lustros con la anomia social impuesta por el socialismo bolivariano y que tiene su expresión material en la ruina de la ciudad.

Su reconstrucción priorizando la inversión en bienes urbanos de interés colectivo no acepta más dilaciones, pero no es suficiente: en paralelo hay que impulsar un ambicioso programa de cultura ciudadana orientado a restaurar y potenciar acciones y reglas que generen sentido de pertenencia, faciliten la convivencia urbana y conduzcan al respeto del patrimonio común y al reconocimiento de los derechos y deberes ciudadanos. Lo que, si queremos entrar en la nueva época que se anuncia, exige lucidez intelectual, voluntad indoblegable y continuidad de gestión. Todo lo contrario de la milagrería de los recursos naturales.

@marconegron